

#### 4.—LLEVOR

y otros demócratas en España; los socialistas en el extranjero.)

Cuando las dos culturas tienden á unirse ó se unen, la nación, y en su consecuencia su civilización, resulta beneficiada. Su primer impulso (algo de lo que sucede á España) es querer asimilarse el estado de civilización que domina á la época; después, desarrollar todas las fuerzas vivas del país (la actual civilización europea). Entonces no hay ninguna idea de los intelectuales que no repercute en el elemento activo (ideas y progresos científicos é industriales, movimiento literario y artístico, reformas políticas y sociales); no hay aspiración de éstos que no encuentre eco entre aquéllos (movimiento obrero). Las energías de ambos elementos no se gastan sino en provecho de la civilización general.

El divorcio entre las dos culturas empezó á manifestarse entre nosotros después de nuestra decadencia nacional. El esfuerzo que ha hecho España para volver á unir las es bien conocido. No lo ha logrado todavía. El retardo en su nueva conexión, más que la decadencia política ha contribuído el fanatismo religioso, no el espíritu religioso, la estulticia de la enseñanza oficial, el decaimiento del espíritu público, enervado por los desastres sufridos, unido todo á la estrechez de miras de los directores de la política. Además, los intelectuales, para estar al habla con la cultura europea, todas sus miradas eran para ésta, y se olvidaban de la española, más que nunca necesitada, no sólo de que la impulsaran, sino que la encauzaran en los ideales que generaban de la moderna civilización. De otra parte, nuestra situación geográfica, que debe tenerse mucho en cuenta, dado el imperfecto estado de las comunicaciones en pasados tiempos, contribuyó también á aislarnos del espíritu que animaba á Europa.

Pero ese aislamiento no podía durar. Ningún pueblo puede, á la corta ó á la larga, escaparse á la influencia de la idea general que impulsa hacia la civilización que domina á una época determinada.

El progreso material, representado por las industrias y por los medios de comunicación, y el ambiente europeo penetraron, por fin, en España. Creyóse que habíamos entrado ya en la corriente de la civilización europea. Nada

más lejos de eso. Habíamos sentido solamente los primeros latidos. El espíritu moderno no había entrado; únicamente había llamado á la puerta. Pero ¿estábamos preparados para recibirlo? Contestan negativamente las luchas sangrientas que hemos debido sostener.

Esto dió motivo á que extranjeros y determinados españoles creyeran que éramos ineptos para la civilización. No podía ser falta de aptitud en los que como nosotros hemos sido varias veces los impulsores y los que hemos ido á la cabeza de la misma. Basta recordar en la Edad Media, la civilización árabe, que no por árabe dejó de ser española, y que fué el rayo de luz disipador de las tinieblas de aquel período; en la época del Renacimiento, aquellos dos siglos que con nuestra cultura ilustrábamos á Europa y á América. Y no hemos tampoco de olvidarnos de las civilizaciones que se desarrollaron en la España Oriental (Corona de Aragón), y en la España Occidental (Portugal), que si bien nacionalidades con vida propia, debemos considerarlas como españolas.

No era, pues, falta de aptitud. Era que la masa del elemento activo no estaba preparada, es decir, por divorciación de culturas.

Hoy, aunque han desaparecido ó han quedado amortiguadas algunas de las causas que retrasaron nuestro completo desarrollo, no estamos todavía dentro de la civilización moderna.

Bastante bien definida tenemos nuestras dos culturas: la de los intelectuales (sabios, literatos, artistas), y la del elemento activo (pueblo, comercio, industria, políticos) ó sea la masa de la nación. La primera es ante todo la cultura general europea, si bien con ciertos matices. Hay una parte que se la ha asimilado sin propósito determinado y otra que lo ha hecho para propagarla por España, sirviéndose de los diferentes elementos existentes, y mirando hacia la tradición unos y con vistas al progreso otros. La cultura del elemento activo es producto de los factores que han informado la historia española (raza, instituciones, civilizaciones pasadas), del progreso material moderno (vías de comunicación, industrias), y del espíritu europeo que aunque bastante atenuado ha llegado á penetrar en dicho elemento, por medio de los viajeros, de la prensa extranjera y de las relaciones comerciales.